

2004

Lydia Cabrera y su Yemayá yOchún, incomparable compendio fluvial de lamitología afrocubana

Mariela A. Gutiérrez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Gutiérrez, Mariela A. (Primavera-Otoño 2004) "Lydia Cabrera y su Yemayá yOchún, incomparable compendio fluvial de lamitología afrocubana," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 19.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/19>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LYDIA CABRERA Y SU *YEMAYÁ Y OCHÚN*, INCOMPARABLE COMPENDIO FLUVIAL DE LA MITOLOGÍA AFROCUBANA

Mariela A. Gutiérrez

University of Waterloo, Ontario, Canadá

En el marco de la mitología caribeña, los mitos y leyendas cubanos figuran a la cabeza por su originalidad llena de una profunda fantasía artística. Como las tantas otras leyendas y mitos que se engendran en cada una de las culturas mundiales, los relatos que forman parte de la mitología cubana son valiosísimos documentos orales nacionales, porque ellos indican y precisan el estado anímico subliminal de la cultura popular cubana, coexistiendo siempre al lado de la historia y en varios casos aún entrelazándose en el engranaje de la misma. Cuba posee una literatura mitológica, transmitida en su mayor parte por la vía oral, cuyas variantes arquetípicas pueden agruparse *a grosso modo* en cuatro órdenes básicos: 1) mitos aborígenes, 2) mitos cosmogónicos o primigenios, 3) mitos urbanos y 4) mitos afrocubanos.

En el marco de los mitos afrocubanos se encuentran a la cabeza los relatos mitológicos de la reconocida escritora y etnóloga cubana Lydia Cabrera. Indudablemente, de Cabrera hay siempre tanto que decir, y, en verdad se ha dicho mucho y se seguirá diciendo, pero hoy solo quiero mencionar la singular virtud que caracteriza a la autora en cuanto a su ligazón tan especial con el universo afrocubano; la osadía es esa virtud. Cabrera osa penetrar en el universo afrocubano, vedado por completo al blanco, y así, sin temor, jamás pensando que es blanca y mujer, va ganándose poco a poco la confianza de hombres y mujeres que aún no han cortado el cordón umbilical con su pasado ancestral africano, logrando descubrir y ahondar en el hasta entonces impenetrable mundo de los negros cubanos, para así perpetuarlos en una obra antropológica, social y literaria, que toma su forma en el transcurso de cincuenta y cinco años de constante producción, y que se consagra en 1954, año en que la autora escribe un compendio antropológico-social afrocubano de más de seiscientas páginas, *El Monte*,

con el cual, como el mismo Guillermo Cabrera Infante, su compatriota, dijese: “Lydia Cabrera ha reafirmado su cubanidad con esta obra maestra (...) que es quizás el mejor libro que se ha escrito en Cuba en todos los tiempos” (Sánchez: Homenaje 16).

Cabe decir que en la cuenstística de Lydia Cabrera pululan entre los humanos, sin envidiar un ápice al olimpo griego, todos los dioses de la mitología africana, como también otros entes sobrenaturales y un sin fin de plantas medicinales, los cuales toman como residencia principal el Monte, lugar sagrado para los afrocubanos, en el que moran sus dioses, los espíritus de sus antepasados, entes diabólicos, seres sobrenaturales y espíritus de animales ya muertos. Por lo tanto no es una falacia decir que la narrativa mítica de Cabrera está saturada de lo sobrenatural de “aparentes” raíces africanas. Sin embargo, el cosmos mítico de la autora tiene, en realidad, una base mucho más compleja, más universal, que la mera fuente africana. Por supuesto, lo africano ancestral es la piedra angular de su cuentística, pero, sin lugar a dudas, detrás de la africanía de sus cuentos hay una ligazón primordial con “la verdad objetiva y universal simbólica” (Cirlot 12), lo cual hace que los relatos de Cabrera tengan una consecuencia inmediata dentro del dominio de la mítica tradicional universal. Esto es factible porque el dominio del espíritu es esencial y continuo, regido por leyes de intensidad y asociación, las que a través del tiempo y el espacio modifican y rememoran “lo trascendente”. Erich Fromm lo explica claramente al decir que:

a pesar de las diferencias existentes, los mitos babilónicos, hindúes, egipcios, africanos, hebreos, turcos, griegos, latinos, están escritos en una misma lengua: *la lengua simbólica* (12).

Además del Monte sagrado, tal y como enfatiza el mismo Pierre Verger en su libro *Dieux d’Afrique*, las aguas saladas y dulces en la obra de Lydia Cabrera – siempre bajo la potestad de las divinidades yorubas Yemayá y Ochún, las que emigran a Cuba con los esclavos del Africa –, nos abren las puertas a un mundo encantado, el de las aguas primordiales, porque en la cuentística de Lydia Cabrera aparece a menudo el camino o transcurso simbólico de las aguas.

Este “camino acuático” de la mitología caberiana, está sin lugar a dudas a la base de un de las temáticas prototípicas de Cabrera, la de las aguas, la cual funciona como *Weltanschauung* en su narrativa, y que se encuentra dividida en tres constantes: 1) cuentos de Jicotea, la tortugueta *cuasi* divina, y su ligazón con el agua dulce, su elemento vital, 2) el agua como elemento primordial versus la sequía universal a través del mito de *la tierra baldía*, y 3) cuentos de dioses, hombres y animales y su relación con las aguas.

Cuba es una isla rodeada de agua por todas partes, surcada de ríos y arroyuelos e incrustada de lagunas, con montes que eyectan cascadas y manantiales, más aún que Africa; es lógico, entonces, que el escenario de las

aguas forme parte de la mítica afrocubana y por ende de la cuentística de Lydia Cabrera. En la mayoría de sus relatos se realza la importancia de las mismas para la supervivencia de la vida terrestre; hoy quiero detenerme a explorar la importancia de las aguas en relación directa a la mitología yoruba en suelo cubano. ¿Quiénes son las *orishas* (diosas) yorubas que gobiernan las aguas, divinidades del politeísmo ancestral africano, las que una vez trasplantadas a la isla han sufrido modificaciones que las adaptan mejor a la isla? Lydia Cabrera, además de su intensa labor en *El Monte* para sacar a la luz los rituales de las diferentes diosas fluviales veneradas en Cuba y los múltiples *appatakis* (relatos) contados por sus adeptos, ha dedicado un libro por entero a las dos *orishas* de mayor importancia en relación con las aguas, titulándolo con sus nombres, *Yemayá y Ochún*.

En su libro, Cabrera comienza estableciendo la omnipotencia de Yemayá:

Yemayá es reina universal porque es el agua, la salada y la dulce, la mar, la madre de todo lo creado. Ella a todos alimenta, pues siendo el mundo tierra y mar, la tierra y cuanto vive en la tierra, gracias a ella se sustenta. Sin agua, los animales, los hombres y las plantas morirían (...) Sin agua no hay vida (20-21).

De inmediato entramos en la leyenda, la cual parece, en su hermosura, ser un cuento más nacido de la prolífica imaginación de la autora. Sin embargo, este relato de la Creación pertenece a la mitología yoruba traída a tierras cubanas. Aprendemos que en los tiempos de Olodumare, el creador, sólo existe el fuego y rocas ardientes. El creador entonces da a la tierra sus valles, sus montañas, sus sabanas, las nubes en el cielo, pero allí “donde el fuego [ha] sido más violento [han quedado], al apagarse éste, unos huecos enormes y muy hondos. En el más profundo [nace] Olokun, el océano” (21) que es como se le llama a la manifestación de la Yemayá más vieja, de género masculino¹. Más tarde, del vientre del mar salen las estrellas y la luna, siendo éste “el primer paso de la creación del mundo” (21).

Más adelante en el texto, uno de los informantes² de Lydia Cabrera, llamado Gaytán, nos da que pensar al reincidir en una pregunta que ya nos hemos hecho en este ensayo: “Si Yemayá lo abandonase, ¿qué sería del mundo al faltarle el agua?” (24). Gaytán está insistiendo en que la diosa es en sí misma el agua, la cual a su vez es “Madre de la vida (...) que nos sustenta y desaltera (...) La bebemos al nacer, la bebemos al morir y ella nos refresca el camino cuando nos llevan a enterrar” (24).

Otro informante, Bamboché, cuenta el extraordinario mito de la separación de la tierra y el mar después de la Creación. Para comenzar, Bamboché establece que de Olokun nace Yemayá, y sin dar más explicaciones da rienda suelta al *appataki* de cuando Olorún – otro de los nombres del creador – y Olokun luchan por el dominio del globo terráqueo, porque ellos son “los que hicieron el mundo. En el principio no había más que Olorún

y Olokun. Son los primeros. Olokun y Olorún tienen la misma edad” (25). Las guerras entre los dos primeros dioses son furiosas, pero llegan al máximo cuando Olokun, para demostrarle a Olorún su poder, crea el ras de mar, con el cual la tierra podría desaparecer en un santiamén.

La calma se restaura cuando Olorún se va de la tierra, dejando la tierra en manos de su hijo primogénito, Obatalá, creador de la raza humana, mientras Olokun sigue haciendo de las suyas cuando algo le molesta; entonces, Obatalá, que por fin ha perdido la paciencia “[tiene] que encadenarlo con siete cadenas, porque en un acceso de furor [Olokun] podría ahogar a la humanidad entera y a todos los animales” (26). Parece que mucha es la tierra que se pierde y muchos son los hombres y animales que perecen por culpa de los exabruptos del dios del mar, la cara masculina de Yemayá. Cabe, sin embargo, decir que desde que Obatalá toma las riendas en este asunto, hasta el día de hoy, “Olokun (...) mitad hombre, mitad pez (...) vive [encadenado] en el fondo del océano, junto a una gigantesca serpiente marina” (26).

Indudablemente, la manifestación del gran *orisha* del mar que una y otra vez hace acto de presencia en la cuentística de Cabrera es la femenina, Yemayá la materna, poderosa y rica, separada de “los caracteres tremebundos que la asocian” (28) a Olokun. No obstante, no podemos olvidar que todos los *orishas* tienen numerosos caminos o avatares. Yemayá posee siete caminos: *Yemayá Olokun*: el océano profundo, negro y andrógino; *Yemayá Awoyó*: la más vieja, la que emana de Olokun; *Yemayá Akuara*: la que vive entre el mar y la confluencia de un río; *Yemayá Okuté*: la que prefiere los arrecifes de la costa, de aguas de un azul muy pálido; *Yemayá Konlá*: la que se encuentra en la espuma; *Yemayá Asesu*: peligrosa mensajera de Olokun, que vive en el agua turbia y sucia, en letrinas y cloacas; *Yemayá Mayalewo*: la que penetra en los bosques, pocetas y manantiales para hacerlos inagotables.

Es interesante también el que se le nombre de acuerdo con los atributos y características de los lugares que sus aguas tocan, o por otras circunstancias que se relacionan con su fluir: *Yemayá Ibú Odo*: la mar profunda de color añil; *Yemayá Lokun Nipa*: la fuerza del mar; *Yemayá Okotó*: el mar de fondo rojo, en la costa donde hay conchas; *Yemayá Atara Magwá Onoboyé*: la diosa linda, que se luce y acepta elogios en el *güemilere* (fiesta); *Owoyó Oguegué Owoyó Olodé*: el mar que se refleja en el cuerno de la luna; *Yemayá ye ilé ye lodo*: cuando acepta el *ebbó* de carnero a la orilla del mar o del río; *Ayaba Ti gbé Ibú Omí*: Reina madre que vive en lo hondo del mar; *Yemayá Atara magbá anibode Iyá*: cuando sus aguas se internan en los parajes solitarios del monte virgen; *Yemayá Iyawí Awoyómayé lewó*: Madre que viste riquezas y siete sayas; *Yemayá Yalode*: Reina poderosa; *Yemayá Awó Samá*: cuando ordena a las nubes que llueva; *Yemayá Ayabá*: la iracunda.

Hay un *appataki* muy interesante que nos habla de la ira de la madre de las aguas, saladas y dulces, *Yemayá Ayabá*, quien no tiene misericordia para con los humanos que olvidan darle su merecida adoración. El relato en cuestión cuenta que en una ocasión en la que los adeptos se encuentran

preparando grandes *güemileres* en honor de los *orishas*, a Yemayá no le llegan ni su invitación ni las noticias de que va a haber una fiesta en su honor. Como es de esperarse, la diosa “resentida con la humanidad que no le [rinde] el homenaje que [merece] su majestad, [resuelve] castigarla sepultándola en el mar” (33). Las olas invaden la tierra y arrasan con todo lo que se atraviesa en su camino; el mar se hincha, se ennegrece; los humanos aterrados al ver “un horizonte de montañas de agua correr hacia ellos” (33), comienzan a rezarle a Obatalá para que interceda. La leyenda dice que *Yemayá Olokun* “[va] sobre una ola inmensa llevando en la mano un abanico” (33), pero Obatalá le ordena que se detenga. Ella respeta profundamente a Obatalá, el creador del género humano, el que toma la carga del mundo a costas cuando su padre Olorún lo abandona; es por eso que acepta abandonar sus designios de acabar con la humanidad irreverente, y por esta vez le concede el perdón.

Cabrera, sin embargo, hace una observación final muy pertinente y que se debe tomar muy en cuenta:

cuando el mar está picado, cuando se alzan olas amenazadoras, porque Yemayá está enojada, se piensa que si Olokun no estuviera encadenada³ se tragaría la tierra (33).

En cuanto a la *orisha* Ochún, hermana menor de Yemayá, de ella podemos decir, para empezar, que entre sus abundantes avatares el preferido de todos sus fieles seguidores es el de *Yeyé Kari aberí yin lado moró otá*, el que mejor le queda, porque en este camino ella es la dueña de los ríos “que alegría, brilla, anima y que todos ensalzan cuando aparece moviendo su *abebé*⁴ de plumas de pavo real” (73).

No obstante, Cabrera hace incapié en separar los atributos personales de las dos diosas hermanas:

No es Ochún como Yemayá, ‘la madraza’, – el principio de maternidad⁵ – que sus hijos y devotos nos describen: Ochún, junto a su hermana la gran diosa progenitora, es la amante, la personificación de la sensualidad y del amor, de la fuerza que impulsa a los dioses y a todas las criaturas a buscarse y a unirse en el placer. Por eso *Oñí*, la miel que simboliza su dulzura, es uno de los ingredientes de su poder (89).

Sólo nos basta leer el cuanto “El chivo hiede” del volumen *¿Por qué...?* para recordar quien es esta apasionada diosa del amor, de las aguas de los ríos y de todas las cosas dulces. No cabe duda, sin embargo, que el amor de Ochún no es sólo pasional; hay un *appataki* sobre el amor de Ochún por sus adeptos que es digno de mención al respecto, tanto por su ternura como por su relación con las aguas. Se cuenta que aquella vez que Olodumare, el creador, se lleva todas las aguas de la tierra al cielo para castigar a los hombres y la sequía invade la tierra, y “los ríos se [vuelven] pedregales, las plantas se secan y los hombres y los animales se [ahogan] de sed” (89), ese

día, el bueno de Ifá (el *orisha* adivino) llena un cesto con panecillos, huevos, hilo negro y blanco, una aguja y un gallo, y Ochún se ofrece para llevárselo al dios.

Ifá, por ser adivino, sabe de antemano que en el camino Ochún va a encontrarse con otros *orishas*. Efectivamente, primero se encuentra al dios Echú – Elegguá – quien le pide los hilos y la aguja y ella se los da; luego se encuentra con Obatalá quien le señala hacia la puerta del cielo, después de que ella le regala los huevos. Al rato, la diosa se encuentra con muchos niños, y a ellos les da los panecillos. Olodumare, que todo lo ve, se conmueve ante la escena que ofrecen Ochún y los niños y decide darle el perdón a los hombres. “Los ríos, las fuentes, se [hinchán] y [vuelve] a reinar la abundancia” (89) en la tierra. Cabrera termina haciendo énfasis en recordarnos que “no [es] está la única vez que por intervención de Ochún, en la tierra agotada, [revive] la vida” (89).

Por último, es indispensable hablar de la necesidad de los *omó-orisha*⁶ de recibir su primera purificación en el río, elemento regido por Ochún, para que la diosa les favorezca en su iniciación. El llamado *wo ti omorisha luwe odo*, o sea la purificación en el río, es parte intrínseca del ritual del Asiento. Sin lugar a dudas, la purificación en el ríos es un acto de gran belleza, que parece salir de un libro de leyendas, pero, ante todo, es liturgia.

Primero se debe hacer *ebbó*, cuando cae el sol, y acto seguido se lleva al *omó-orisha* al río. En muchos *ilés* [comunidades] se practica este ofertorio bajo la luz de la luna, pero en otros se hace al atardecer. A las encargadas de llevar al neófito al río se les llama *oyugbonas* y van siempre acompañadas de dos o más *iyalochas* mayores⁷. “Sin ‘saludar’, rendirle homenaje a la dueña del río, sin purificarse en sus aguas, no se efectúa ningún asiento” (139), nos dice Cabrera.

Después del ofertorio del *ebbó* – casi siempre un guiso de camarones, acelgas, tomates y alcaparras – se debe *moyubar*, rendir pleitesía a la diosa de las aguas:

Ochún yeyé mi ogo mi gbogbo ibu laiye nibo gbogbo omorisha lowe mo to si gbá ma abukón ni. Omi didume nitosi oni Alafia atiyó obinrin eléré aché wawo atiré maru achó gelé nitosi yo ayaba ewá ko eleri riré atiyó⁸...” (139).

Las *oyugbonas* desnudan a la novicia, hacen trizas sus vestidos y los echan a la corriente del río, para que luego una de las *oyugbonas* la bañe; si es hombre el neófito, los *babalochas*⁹ se encargan de quitarle las ropas y bañarlo. La *omó-orisha*, bañada y vestida de limpio, regresa al *ilé* con una tinaja de agua en los brazos. Una vez en el *ilé*, una *iyaré*¹⁰ la recibe haciendo sonar la campana de Obatalá, llamada *agogó*.

Todo lo que pasa dentro del *ilé* momentos después del llamado acto de prendición sólo los iniciados lo saben y de ello no pueden hablar. Los *aberikolá*, los que no se les ha “sentado” un santo, no son permitidos en esta ceremonia secreta. Lydia Cabrera nos dice al respecto:

Dentro de una hora todo estará listo para la consagración. *Iyawó* [la novia], aunque empieza a perder la noción del tiempo, diríase que sus ideas son más confusas desde que volvió de saludar el río, siente angustiosamente la proximidad de una experiencia misteriosa sobre la que no ha cesado de interrogarse un sólo día de los que ha pasado en el *ilé-orisha* [templo]. ¿Qué va a sucederle allá adentro, en el *igbodú*¹¹? (147).

Aunque, al no ser creyentes, no podamos penetrar en el secreto del Asiento, al menos nos hemos acercado un poco a la belleza del ritual, en el cual las aguas son el principal componente divino en el intercambio espiritual que ocurre entre adeptos y *orishas*, en este caso específico, entre los *omós* y Ochún.

Tal y como lo explica el primer capítulo de este libro de Cabrera, no es de extrañar el constatar que se venere a estas dos diosas fluviales en Cuba el 8 de septiembre, siguiendo el calendario litúrgico católico. La Virgen de Regla, Yemayá, es patrona del puerto de La Habana, y la Virgen de la Caridad del Cobre, Ochún, es patrona de Cuba. Ellas, en sus vestidos católicos o en sus galas afrocubanas, velan siempre por sus hijos, desde sus aguas, saladas o dulces. Cuba le pertenece a sus vírgenes, la isla hasta tiene forma de cocodrilo, y bien claro lo dice Cabrera en su libro *Los animales en el folklore y la magia de Cuba*: “pertenecen los caimanes a Yemayá y a Ochún. Son mensajeros de Olokun” (71).

En conclusión, hagamos síntesis remontándonos a los orígenes de la humanidad. Desde que el mundo es mundo todas las culturas cuentan que desde que el agua riega la tierra toda vida ha podido germinar, crecer y sustentarse. La diáspora yoruba también lo sigue contando así, y es en las manos de Yemayá y Ochún que se deposita la fé de muchos adoradores. Sin pensarlo dos veces, porque “sin agua no hay vida” (20-21), los creyentes que labran la tierra “cuando se prolonga una sequía (...) hacen rogaciones a Ochún y a Yemayá (90), invocando su ayuda: “¡Oyo so ko ni awado! Yemayá Iyawí Yalode, Ochún Yeyé Kari Yalode. ¡Dupé!¹²

NOTAS

- 1 Los informantes de Cabrera afirman que sus mayores les han dicho que “Olokun es varón y hembra, andrógino” (28).
- 2 Los informantes de Lydia han sido, en su gran mayoría, negros de nación, puros africanos ya libres, o sus hijos, los cuales tienen el pasado ancestral todavía muy claro en sus memorias.
- 3 Cabrera pone el participio pasado en femenino, reafirmando que Olokun es andrógino. El subrayado es mío.
- 4 En yoruba: abanico.
- 5 No obstante, no hay que generalizar, Yemayá también tiene amores, tiene caprichos; ella, sin embargo, ejerce, la mayor parte del tiempo, mejor control sobre

sus pasiones que su hermana Ochún. Cabe de nuevo recordar el *appataki* sobre sus amoríos incestuosos con el *orisha* Changó, su hijo adoptivo. Un *appataki* que nos hace sonreír es el de los amores de Yemayá con el *orisha* Oko, dueño de los campos, de la agricultura y del ñame; en realidad, la diosa sedujo a Oko para obtener el secreto del ñame y regalárselo a Changó. Cabrera explica que “este sagrado tubérculo – Ichu –, que habla de noche y hace hablar en sueños a la gente dormida, sólo el *orisha* Oko lo cosechaba, sembrando secretamente la simiente” (*Yemayá* 37).

6 En yoruba: hijo de santo.

7 El ritual del Asiento es una ceremonia principal de iniciación en Santería, en la cual al iniciado le “baja el santo”, el *orisha* lo “monta”, se posesiona de él, por así decir. Las *iyalochas* son sacerdotisas en Santería, madres o mujeres de santo.

8 En yoruba: Ochún, madre de gloria absoluta, inmortal, reina bellísima y adorada, hacia ti van todos los hijos de *orishas*, a tu lado los afligidos por una desgracia o deficiencia física van a lavar su cuerpo y purificarse en tus aguas. Te rogamos, te hablamos, que tu corriente se lleve la miseria. Subrayo para enfatizar la importancia de las aguas en este ritual.

9 Sacerdotes en Santería, padres de santo.

10 La primera madrina del Asiento.

11 En yoruba: cuarto del santo; habitación en la casa del *babaorisha* en la que tienen lugar las ceremonias secretas.

12 En yoruba: No llueve... ¡maíz no crece! Yemayá, nuestra madre y reina. Ochún, bellísima reina. ¡Gracias!

OBRAS CITADAS

Cabrera, Lydia. *El monte: Igbo Finda Ewe Orisha Vititi Nfinda*. Miami: Colección del Chicherekú en el exilio, Ediciones Universal, 1992.

———. *Yemayá y Ochún. Karioka, Iyalorichas y Olorichas*. 2da. ed. Prólogo y bibliografía de Rosario Hiriart. Distribución exclusiva E. Torres. Eastchester, New York: Ediciones C.R., 1980.

Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor S.A., 1981.

Gutiérrez, Mariela A. *Lydia Cabrera: Aproximaciones mítico-simbólicas a su cuentística*. Madrid: Verbum, 1997.

———. *El cosmos de Lydia Cabrera: Dioses, animales y hombres*. Miami: Colección Ebano y Canela, Ediciones Universal, 1991.

———. *Los cuentos negros de Lydia Cabrera: un estudio morfológico*. Miami: Colección Ebano y Canela, Ediciones Universal, 1986.

———. *El Monte y las Aguas: Ensayos Afrocubanos*. Madrid: Editorial Hispano-Cubana, 2003.